

A PIE
DE CALLECATALINA
Gayà

ALBERT BERTRAN



► Gente paseando por la Rambla de Catalunya, ayer por la mañana.

La frontera vertical del Eixample

La Rambla de Catalunya es el escaparate de la Barcelona bien, un lugar en el que los barceloneses se dejan ver paseando y donde los ejecutivos y oficinistas, de riguroso blanco y negro, se toman la copa después del trabajo, al estilo madrileño o londinense. El miércoles me contaba una vecina que en 13 años, los que ella lleva viviendo en la zona, el paseo ha cambiado. De una rambla amplia y de claroscuros, las farolas iluminaban solo los pasos, ha mutado a paseo poblado de terrazas e iluminado por las luces de las tiendas.

A ambos lados, de hecho, hay tiendas de esas que son igualitas aquí que en Milán o en Nueva York y que no escatiman en neones y ofertas. En esta nueva rambla de esta nueva Barcelona de las desigualdades cada vez más pronunciadas, ya no están las chicas que ofrecían su cuerpo, en los 70 en los pasajes y hasta el 2004 en alguna esquina, y hay pasajes peatonales y naranjos urbanos y hombres, seis, que piden limosna.

La rambla aparece hoy como una nueva frontera de esta ciudad, como antes lo fue la Diagonal. Pero esta es una frontera extraña porque es vertical: empieza justo después de la plaza de Catalunya y se acentúa a partir

de Gran Via. Quizá sea por la verticalidad que, al fin y al cabo conecta sur y norte, que las diferencias son más visibles. En esa rambla hay mujeres muy delgadas y hombres con corbata y corte informal, pero perfecto, y turistas que aquí parecen mejor vestidos que unas esquinas más al sur, aunque sean los mismos

El miércoles, una pareja de barceloneses descansaba en uno de los bancos. La pareja era un elogio a la placidez: *borselino*, él y sombrero de

La Rambla de Catalunya es el escaparate de la BCN bien y de los oficinistas

isla, ella. Es cierto que las terrazas ocupan hoy gran parte de esta nueva rambla, pero aún hay bancos en los que sentarse. Los dos estaban ahí con un perro acalorado, precioso. Los niños –la rambla está cercada por escuelas religiosas– se acercaban a ver el can, a tocarlo y el perro se dejaba querer.

Es cuando cae la tarde cuando en la rambla se cruza esta ciudad de desigualdades: salen las mujeres

de la limpieza y esperan el bus, las madres gritan a los niños, hay helados aquí y allá, y las señoras de toda la vida van a su paseo y los oficinistas ocupan las terrazas. A esa hora, en los semáforos se para ese parque automovilístico que solo se explica si se atiende al informe que hace poco publicó el BCE y en el que recogía que el precio medio por una hora de trabajo de un ejecutivo español es de 788 euros netos, sin bonos o pluses.

Jordi Forcada, de Queviures Forcada, literalmente nació en la esquina de Mallorca con Rambla de Catalunya. Desde 1845, la familia tiene ese colmado. El año que viene, decía el miércoles, se va y lo hace contra su voluntad. Buscará un local por la zona para no dejar a la clientela sin la tienda, pero donde no esté tan solo. Enumeraba todos aquellos que un día fueron sus vecinos: pescaderías, joyerías, pintores, artesanos, una vaquería... Los enumeraba y olía a especias, a colmado de infancia.

Ahora en esos locales hay franquicias: sujetadores globales, calzoncillos globales, relojes globales, móviles globales y compradores globales. Entraba una señora y le decía que le bajaría una botella para que le ayudara a abrirla. Se conocen desde hace décadas. Le seguía una extranjera que se hospedaba en unos apartamentos, unos japoneses que estaban de paso, un ejecutivo y una dependienta, que son ahora, en esta nueva rambla, lo que antes eran las modistas. Solo que las modistas podían encargarse a santa Lucía. =



cgaya@elperiodico.com